

El lenguaje de la obra no es, como decía Delicado, una "lengua española muy clarissima", sino un español contaminado por el italiano y el catalán. El principio del verismo presente en la obra atañe también al lenguaje, lo cual contribuye a elaborar todo un arte del retrato: el de un carácter y de su medio ambiente, la *Lozana* en la Roma renacentista.

Las observaciones de Foley sobre el *Retrato* giran, pues, en torno a dos principios íntimamente ligados: el verismo y la moral. De allí que la declaración de veracidad que hace Delicado sirva como pretexto para representar escenas fuertes, y justifique el lenguaje directo y al mismo tiempo equívoco en su obra; por eso resulta más fácil deducir la intención moralizadora que, según Foley, es total en Delicado, porque se manifiesta en muchos aspectos. El realismo de la obra, la técnica mimética del arte de Delicado abarcan por igual lo humorístico y lo satírico. Lo visual, lo sensorial ayudan a presentar un retrato que, a pesar de cierta intención moralista, por su mismo carácter vital, está lejos de constituir un "enxiemplo" al estilo medieval, sino que se aproxima ya a las técnicas de la novela realista de los tiempos modernos.

El único aspecto que puede preocupar un poco en el estudio de Foley, es su afán, algo excesivo, de reivindicar la obra (tarea que se impone, prácticamente todo investigador que se haya ocupado de *La Lozana* después de Menéndez Pelayo), con lo que descuida, en consecuencia, algunos aspectos muy importantes, entre ellos, el sentido de lo burlesco. ¿Cómo relacionar, por ejemplo, el hecho de que la protagonista sea una sífilítica (hecho muy bien sentado por Delicado desde los primeros mamotretos) con la seria afirmación de los estudiosos de que sea ella una especie de encarnación de la Naturaleza, o cuando menos, alguien que vive de acuerdo con el principio de lo natural? Pero es este uno de los interrogantes que despierta no el trabajo de A. E. Foley en particular, sino toda una serie de análisis que se inscriben dentro de esta corriente "dignificante".

TATIANA BUBNOVA

Instituto de Investigación Filológicas, UNAM.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, *Don Quijote de la Mancha*. Editada con estudio preliminar y notas por Juan Bautista Avalle-Arce. Editorial Alhambra, Madrid, 1979; 2 ts.: vi + 618, viii + 638 pp.

Los cervantistas estamos de plácemes. Por décadas hemos tenido que basar nuestras investigaciones sobre el *Quijote* en las defectuosas ediciones de principios de siglo de Francisco Rodríguez Marín y la de Rodolfo Schevill/Adolfo Bonilla, o en la engañosa edición de Martín de Riquer con sus numerosos y arbitrarios cambios inconfesos. Por fortuna, los tres últimos años nos han dado las ediciones críticas de John Jay Allen (Ediciones Cátedra, Madrid, 1977), Luis Andrés Murillo (Clásicos Castalia, Madrid, 1978), y más recientemente la de Juan Bautista Avalle-Arce. La publicación casi simultánea de estas ediciones, las diferencias bási-

cas que existen entre ellas, y la naturaleza académica que las tres comparten hacen casi imposible el reseñar una de ellas sin compararlas entre sí. Pero las excelentes reseñas que ya se han hecho de las dos primeras facilitan la tarea (véanse, entre otras, la reseña de Murillo de la edición de Allen en *JHPH*, 3, 1979, 185-7; y la de Alan S. Trueblood de la edición de Murillo en *HR*, 48, 1980, 246-9, con las cuales concuro), por lo que me concentraré a reseñar aquí principalmente la edición de Avalle-Arce.

Esta edición consta de un estudio preliminar, el texto del *Quijote*, y un índice analítico. El estudio preliminar está dividido en cuatro secciones principales (I. El texto, II. Estructura, III. Ideas, temas, personajes, y IV. Cervantes ante la novela) y cuatro subdivisiones menores (1. Ediciones principales, 2. Nota bibliográfica, 3. Nuestra edición, y 4. Lista de abreviaturas). La primera sección da un resumen del contenido y conclusiones de mis recientes investigaciones sobre las preferencias ortográficas y las costumbres y métodos de trabajo de los cajistas que compusieron las dos primeras ediciones madrileñas de la primera parte del *Quijote* (véase, especialmente, mi libro *The Compositors of the First and Second Madrid Editions of "Don Quixote", Part I*, Londres, 1975). De la evidencia textual y tipográfica considerada en estos estudios se puede concluir que los cajistas plasmaron su propia ortografía en las planas que cada uno de ellos compuso, y, por lo tanto, que las varias ortografías que ahora uno encuentra en las ediciones de Cuesta no reflejan de ninguna manera io ortografía del manuscrito original, la que desaparece dei todo conforme se aleja uno de la edición príncipe de la primera parte. Por estas razones, Avalle-Arce ha basado su edición exciusivamente en las ediciones príncipe de la primera y segunda partes (Juan de la Cuesta, Madrid, 1605 y 1615), modernizando la ortografía, acentuación, y puntuación, pero reteniendo algunas formas anticuadas (por ejemplo, "aora" se cambia a "ahora", pero se retiene "agora"). Este tipo de irregularidades se anuncia brevemente en el estudio prelhinar, pero no se dan ejemplos ni se enumeran las variantes. Tampoco se explica ni justifica en ninguna parte el por qué de este criterio de selección. En mi oinión, el decir que se han "mantenido todas aquellas formas que pueden servir para caracterizar la prosodia de la época", no es suficiente explicación (p. 44).

Las secciones dos, tres, y cuatro son breves pero sólidos resúmenes críticos de la estructura novelística y trama del *Quijote* y su situación dentro de la novela. Yo las encuentro, sin embargo, un tanto cuanto innecesarias. Por una parte, no satisfacen por completo al especialista porque tratan de temas complejísimos que no pueden esclarecerse del todo en el limitado espacio que se les da; por la otra, le echan a perder al lector común y al *dilettante* el agradable placer de leer y entender-selas con el *Quijote* por sí mismo, puesto que de antemano le delínean lo que va a suceder y le obligan a adentrarse en él con opiniones e ideas preconcebidas. Pero este reparo es solamente un achaque purista. El cuidado que se ha puesto en mantener a todo lo largo del texto el criterio editorial expuesto en el estudio preliminar, la pertinencia y lucidez de

las escogidas notas a pie de página (esté o no uno totalmente de acuerdo con ellas), y la claridad y tamaño de los tipos usados hacen la lectura fácil y clara, y por sí solos más que recomiendan esta edición.

Avalle-Arce no ha incluido una bibliografía, propiamente dicha. En su "Nota bibliográfica" enumera una media docena de los libros más recientes sobre el *Quijote*, y oportunamente remite al lector a otras bibliografías, lo que, dada la enormidad de la bibliografía cervantina, es perfectamente razonable. Pero es aquí donde no se puede, ni se debe evitar el referirse al excelente aparato crítico de la edición de Murillo, y a su utilísima *Bibliografía fundamental* que constituye el tercer tomo de su edición.

Así pues, en la oficina, como texto de consulta y para embeberme en Cervantes, la imprescindible edición de Murillo; para leer en casa y para embelesarme en el *Quijote*, la edición de Avalle-Arce.

R. M. FLORES

The University of British Columbia.

MAXIME CHEVALIER, *Folklore y literatura: el cuento oral en el Siglo de Oro*. Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, 1978; 174 pp.

En una reseña anterior (*NRFH*, 26, 1977, p. 168), al presentar su antología de cuentecillos tradicionales de la España del Siglo de Oro, tuve ocasión de resumir los objetivos y métodos de los estudios de Chevalier. El libro actual es complemento del primero; sintetiza y sistematiza precedentes ensayos del autor y quiere ser un "manual" donde se subraya la abrumadora presencia de los cuentecillos orales en la literatura de los siglos XVI y XVII y se perfilan metodología y finalidades de la investigación, con ejemplos comentados de las distintas clases de relación entre cuentecillos y obra literaria.

Chevalier distingue los cuentos folklóricos de los propiamente tradicionales; los primeros provienen de tipos y motivos de la cuentística universal, mientras los segundos se centran más bien en temas y figuras locales y se difunden en ámbitos casi exclusivamente peninsulares. Los de este último grupo son los que interesan a Chevalier. Recopilados en antologías que circularon, impresas o manuscritas, con gran éxito en la época clásica, menudean en las obras literarias, donde suelen llegar, sin embargo, directamente de la tradición oral, como sugieren las múltiples variantes. El hombre de letras de la edad áurea hace penetrar hondamente en su obra, junto a la cultura derivada de fuentes escritas, un saber y unos modelos de pensamiento absorbidos fuera del libro y de la oficialidad, en la tertulia, en la vida cotidiana de la calle, en la conversación diaria, en todos los intercambios de saberes populares y tradicionales confiados a la oralidad y condensados con preferencia en cuentecillos y chascarrillos. Son éstos el blanco de la estrategia crítica y eru-